

Susana S estaba pensando ya que pasaría el resto de su vida en esa carpa alejada de la ciudad cuando se abrió la puerta y entraron 17 y 82, que traían la respuesta de los yalawohe.

—¿Y? —preguntó Susana S.

82 fue la que respondió.

—Los yalawohe nos pondremos en marcha. Vamos a ayudar a buscar a tus compañeros perdidos y nosotros dos hemos sido designados para ocupar nuestro lugar en el Santuario cuando llegue la hora.

Susana S se levantó, miró a sus nuevos compañeros y quiso hablar pero no pudo. 17 la tomó por los hombros y la llevó afuera con delicadeza.

—No digas nada. Empecemos a buscar, que no sabemos cuánto tiempo tenemos. Las palabras pueden esperar a que estemos más tranquilos.

“No me pregunten sobre cuestiones tecnológicas porque de eso ni sé, ni quise saber nunca nada. Nuestros científicos hicieron algo que tiene que ver con pantallas, con barreras de gas que lograron dar la impresión de que el Sol estaba

agonizando en serio. El resto lo hicimos con publicidad. En poco tiempo todo el mundo que no estaba comprometido en el Plan quedó convencido de que la vida en la Tierra estaba llegando a su fin. Y agregamos eso de la contracción del Universo para darle más seriedad científica y para que todos aceptaran que la fuga a otro mundo también era imposible. Pero el frío, siempre en aumento, provocó un incremento fantástico en el número de una especie de ratas que no esperábamos. Al principio pensamos en exterminarlas en forma rápida para no agregar dificultades a la marcha del proyecto, pero después se nos ocurrió que poner a los jóvenes de todo el mundo a perseguir a la plaga nos iba a quitar del medio muchos posibles obstáculos molestos. Tengo que decir con cierto orgullo que yo tuve bastante que ver con esa decisión. Mientras la temperatura iba bajando y ustedes corrían de aquí para allá con un palo en las manos, nosotros fuimos terminando de a poco los refugios en los que viviríamos unos pocos años, hasta que el planeta recuperara su temperatura normal y la nueva humanidad pudiera salir de nuevo a la superficie”.

—Hay dos cosas de este discurso del señor Abelardo A que no me gustan nada, Eduardo E.

—¿Qué cosas, Rogelio R?

—La primera, que nos lo esté contando. Parece muy seguro de que jamás saldremos de este departamento con vida. Porque si nosotros volvemos a la ciudad podemos convertirnos en un buen dolor de cabeza para el Plan. Está bien que no nos va a resultar sencillo que alguien nos crea

semejante disparate. Si hasta a mí me parece una locura del señor Abelardo A.

—Ajá, ¿y cuál es la segunda cosa que no te gusta?

—Esperá, ya te digo. Dejame oír qué más dice este tipo.

El señor Abelardo A seguía desde la pantalla con su rara costumbre de adivinar siempre lo que pensaban los otros.

“Supongo que ahora se están preguntando si todo esto no será un enorme invento de mi parte, un buen cuento para explicar mi próxima muerte y que me duela menos. Ninguna prueba tengo para convencerlos. Lógicamente, estas cosas no se hacen con documentos ni firmas. Pero el tiempo que queda para el final es breve y allí se convencerán de que todo lo que les conté aquí es cierto. La alarma que informará que las temperaturas harán imposible cualquier forma de vida empezará a oírse en pocos días. Tengan paciencia. Lo que no creo que tengan son posibilidades”.

En la grabación el señor Abelardo A hizo la primera pausa de su largo monólogo. Parecía cerca del final. Eduardo E aprovechó para preguntar por lo bajo.

—¿Qué quiso decir con eso de las posibilidades?

—Me parece que tiene que ver con la segunda cosa que no me gustaba.

—No te entiendo.

—Oíme, ¿vos no tenés un poquito de frío?

Los yalawohe organizaron los grupos de búsqueda. Sabían más de los lugares prohibidos y usaron ese conocimiento para instruir a sus nuevos compañeros sobre sitios que el grupo del Santuario ni siquiera había soñado. Y hurgaron en cavernas, en grietas infinitas, en viejas ruinas abandonadas. Pero no pudieron dar con un solo rastro de los dos compañeros.

El espacio que rodeaba la ciudad se había ido ampliando con el frío. Ya no había casas habitadas en las afueras, de esas que hacía unos cuantos años se habían ido desgranando sobre el terreno como pequeñas manchas sobre un papel liso. Ahora la ciudad terminaba abruptamente y comenzaba de inmediato el desierto de hielo, propiedad de los yalawohe y de algunos lobos sueltos que todavía se resistían a desaparecer. Los caminos conducían a ninguna parte y a todas. Más exactamente, habría que decir que no existían caminos sino un gran territorio plano y congelado que permitía cualquier dirección. La vista no tenía prácticamente obstáculos, salvo los restos de los departamentos que hacía tiempo habían sido abandonados, cuando los primeros fríos intensos y la eliminación de

la calefacción hicieron imposible toda vida en su interior. Todavía se podían leer, despojados de colores y magia, algunos carteles que publicitaban las ventajas de habitar allí.

“¿Usted busca un lugar diferente, en donde disfrutar sea lo habitual? Deje de buscar. Este es ese lugar”.

Pero el placer fue breve. Ahora los yalawohe miraban las siluetas de los edificios vacíos y se decían que allí no habían buscado. 17 miró a 82 y a Susana S y señaló las moles lejanas.

—¿Qué les parece?

—No —respondió Susana S—. Allá se concentra especialmente el frío y solo es posible vivir unos minutos. No habrían aceptado entrar.

—Bueno —continuó 17—, sigamos buscando por aquí.

Y les dieron la espalda a unos departamentos destruidos, olvidados, que hacía tantos años que no significaban nada.

La temperatura que Eduardo E y Rogelio R sentían en el aire que los rodeaba seguía bajando grado a grado.

—El hijo de puta dejó sin combustible de reserva el sistema de calefacción y nos va a matar de frío —les gritó Rogelio R a las paredes.

La imagen del señor Abelardo A se había fijado en la pantalla y los muchachos aprovechaban para insultarla de tanto en tanto, ahora que se

habían dado cuenta de que les quedaban pocas horas de vida.

Susana S y Silvia S volvían a cada rato en la conversación que mantenían para olvidarse de que los números del termómetro de la sala se acercaban irremediablemente a cero. Eduardo E hablaba de la espalda más amada del planeta y Rogelio R recordaba la mañana en que fue atacado por las ratas, cuando para defenderse en los últimos segundos solo se le ocurrió pensar en ella.

—Era como un escudo —dijo—. Si su imagen estaba en mi mente, las ratas no estaban conmigo.

—No podemos quedarnos quietos esperando dejar de respirar —respondió Eduardo E, volviendo bruscamente el diálogo a un espacio que empezaba a parecerse al exterior—. Bailemos —siguió—, bailemos para entrar en calor.

Y empezaron a saltar y a moverse por todo el lugar, tratando de que la sangre siguiera siendo líquida, que los huesos se alejaran del destino de hielo que las horas inmediatas parecían reservarles.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Un día descubrí que podía detener el tiempo. En realidad no fue difícil. Creo que cualquier idiota con algo de iniciativa puede hacerlo. Es decir, yo no soy precisamente un genio, así que si yo puedo, esto de lograr que el tiempo se quede donde está... no sé... es fácil. Ninguna máquina rara, ningún líquido mágico, nada de complicadas fórmulas matemáticas. Me dijeron que la Tierra estaba terminándose y que entonces ya no íbamos a vivir más y no sé cuántas otras cosas y allí se me ocurrió. Cuando yo era chico miraba fijamente la aguja del minutero en los relojes y no se movía nunca. En los relojes con números no servía el truco pero en los que tenían agujas sí. Así que me puse a mirar la aguja grande con toda la fuerza de mis ojos, sin sacarle un instante la vista de sus líneas alargadas, punteagudas. Eran las nueve y veinticinco en un reloj lindo, grande, que dominaba el salón vacío de mi casa. Yo tendría unos trece años y lo recuerdo siempre presente, definitivo, poderoso, con su pie firme, su esfera clara, blanca, más blanca todavía contra el fondo oscuro del resto de su cuerpo. Mentalmente empecé a contar despacio, muy despacio, para tener la seguridad de que cada cifra se

llevara al menos un segundo. Cuando llegué a tres mil seiscientos tenía que haber pasado una hora. Saqué los ojos del minuterero y me alejé para tener una visión más amplia. Allí estaba la misma nueve y veinticinco que yo había dejado hacía sesenta minutos. Salí a hacer unas cosas a la calle. Cuando volví el reloj marcaba las doce y diecisiete. Quise hacer otra vez la misma prueba. Puse de nuevo mis ojos sobre la aguja minuterera y conté, ahora dos veces tres mil seiscientos. Terminó mi prueba y miré mi reloj de muñeca: las doce y diecisiete. Mi madre llegó de la calle y resolví jugarle. Le pregunté la hora. “Las doce y diecisiete, ¿por?”, me dijo. “No, por nada”, le respondí sin ganas de seguir hablando. Entonces tomé la decisión más importante de mi vida. Empecé a mirar permanentemente la aguja grande en el reloj de la sala. Esperé a que la casa estuviera tranquila y solitaria, para mí solo, un mediodía. Y miré, miré, miré sin que nada más me importara, sin que la comida me distrajera o que las necesidades de agua me hicieran alejar del objetivo. La única parte mía que importaba eran mis ojos, mis pupilas que impedían que la aguja se moviera hacia adelante, hacia la Tierra congelada definitivamente, hacia mi madre muerta, hacia mi hermano y mi padre abrazándose en el final. Solo mis ojos, solo dos enormes ojos abiertos que miran una aguja inmóvil y que ya ni siquiera saludan cuando llega mi familia a almorzar, eternamente a almorzar y no les extraña que haya solo almuerzos, ningún desayuno, ninguna cena, ninguna noche y tampoco les parece raro que el menor de la casa se la pase mirando un reloj que parece parado porque da siempre las doce y cincuenta y tres y no come nunca

*y ellos comen siempre lo mismo y dicen siempre las
mismas cosas pero al menos están vivos.*

Marcelo M pensó que si los yalawohe no habían encontrado nada era porque habían cometido algún error en el mecanismo de búsqueda. Entonces se sentó a reflexionar mientras sus amigos y los Olvidados seguían explorando cavernas y pozos vacíos.

“Veamos”, se dijo. “Si el tipo con el que se encontraron los citó por aquí es porque quería estar más bien solo con ellos. Si hubiera podido, habrían hablado en el bar. Eso quiere decir que los llevó a otro lugar para estar más tranquilos. Lo que Eduardo E y Rogelio R querían preguntarle no era nada del otro mundo, así que una caverna para hablar de esa tontería les habría provocado sospechas. No, no están en un lugar tan salvaje. Tampoco están en la casa de ese tipo porque es un funcionario y ellos viven todos en el centro y entonces la cita hubiera sido por allá. Tienen que estar en alguna casa cercana. Pero el problema es que además del dueño del bar roñoso ese y de algunos locos más, nadie vive por estos lados. Y a esa zona ya la revisamos a fondo y nada. No. Están cerca pero no en la ciudad y tampoco en las cavernas. Vamos a ver. ¿Qué hay intermedio entre el desierto de hielo y las casas llenas de gente?”.

Miró hacia el horizonte y vio, contra la débil luz del Sol, los perfiles de los edificios abandonados y encontró la respuesta. “Una casa vacía”, se contestó. Llamó a los yalawohe y a su gente.

—Allá no buscamos —les dijo.

—No —contestó Susana S—. 17 quería ir a ver pero yo le dije que era perder el tiempo. Adentro se concentra especialmente el frío y ni siquiera con camperas es posible vivir más de unos minutos.

—Pero yo estuve pensando y mi pensamiento me lleva hacia allí. Te diría que es una corazonada pero creo que es más que eso.

82 pareció entenderlo y apoyó su idea de viajar hasta las moles lejanas.

—Vayamos. Somos muchos. Podemos dejar un grupo aquí mientras algunos de nosotros revisamos los edificios.

Susana S seguía pensando que era inútil pero no se opuso. Silvia S tomó dos camperas térmicas y se puso al lado de Marcelo M. En veinte minutos estuvo listo el grupo que se dividiría y partieron Marcelo M, Silvia S y varios yalawohe, 82 entre ellos. El piso congelado lleno de grietas no ayudaba y la caminata era larga. A buen paso no llegarían antes de tres horas a la entrada del complejo.

Rogelio R ya casi no podía moverse. Con solo las camisas sobre la piel, la temperatura de dos grados bajo cero que hacía en ese momento era demasiado baja. En circunstancias normales habría sido una especie de verano de fuego pero sus abrigos eran ya un lejano recuerdo en las

manos del señor Abelardo A. Eduardo E tomó a su amigo de los hombros y lo obligó a sacudirse más. Ya no seguían el ritmo de la música. Lo único que podían hacer era una especie de movimiento espasmódico, más parecido a los vaivenes de un lobo agonizante que a un baile. Pero Eduardo E se resistía a dejarse caer. Intuía que el sillón del señor Abelardo A sería más un ataúd que un descanso.

—Vamos Rogelio R, no le demos el gusto a ese desgraciado. Si vamos a morir que no sea en la trampa que nos preparó.

—¿Qué querés decir? —alcanzó a preguntar con un hilo de voz congelada Rogelio R.

—Eso. Que no encuentren aquí nuestros cadáveres cuando la Tierra vuelva a ser habitable. Que sepa que burlamos su asesinato. Quiero que descubra que su plan falló y que nos mató la nieve de afuera, no el frío que nos dejó de regalo.

—¿Querés salir?

—Sí, quiero salir.

La nueva idea era el fin inmediato y los dos lo sabían. El exterior, sin la protección adecuada, permitía una sobrevida que nunca superaba los dos minutos. Pero esa nueva línea de acción les dio fuerzas. Rogelio R sintió que así como la Piedra les había dado un proyecto, la idea de Eduardo E les prestaba unos momentos más de buena vida, algo diferente a sentarse a verse morir. Miró a su futuro compañero de eternidad.

—Escribamos las palabras que más queremos. Que sean algo así como nuestro testamento. Nada demasiado largo. Algo sencillo, pero que sirvan de mensaje para los que nos encuentren.

—Bueno. Y llevemos también la grabación del señor Abelardo A.

Eduardo E no olvidaba nunca su posición de líder. Cada uno tomó un papel y escribió lo que quiso en unos segundos, como si ya hubieran sabido de antemano lo que querían que el futuro supiera de ellos. Eduardo E metió el microdisco con la grabación en el bolsillo y clavó los ojos en su amigo.

—Chau, Rogelio R —le dijo.

—Chau, Eduardo E.

No quisieron alargar más la espera, ahora que habían tomado la decisión. Eduardo E agarró el picaporte de la puerta y escupió al piso.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo.

—Bien, vayamos.

Y abrió la pesada placa de acero y material aislante. Lo que los esperaba era la sala de espera de la muerte. Una llamarada de frío que los hizo trastabillar a los primeros pasos. Pero todavía estaban bastante enteros y eran jóvenes y querían vivir. Lograron ponerse de pie y enfilarse corriendo hacia la salida del edificio. Milagrosamente consiguieron llegar al exterior. El cielo plomizo de siempre, el suelo congelado, el paisaje blanco, los recibieron. Ahora sí entendieron que quedaba poco. Ya casi no podían caminar. Eduardo E cayó antes, en silencio, primero de rodillas, luego con todo su cuerpo.

Rogelio R se arrodilló a su lado y le tomó la mano. Antes de derrumbarse pudo mirar los ojos cubiertos de tristeza del amigo. Se fue quedando

dormido sin esfuerzo y sin dolor. De pronto se dio cuenta de que ya no sentía frío. Metió la mano en el bolsillo y arrugó el papel en el que había escrito la palabra. Así lo encontraron Marcelo M, Silvia S y los yalawohe.

Eduardo E sintió que alguien le tocaba su mano y se llenó de calma. “Bueno, no estoy solo”, se dijo. Cerró los párpados porque la luz del día le molestaba y pensó en él mismo cuando era chico, antes del frío tramposo que les había caído de golpe. “¿Por qué digo frío tramposo? El frío es frío y punto. Tengo que pensar mejor las cosas que pienso”. Así lo encontraron Marcelo M, Silvia S y los yalawohe.

Cuando vieron los dos cuerpos tirados en la nieve comprendieron que la búsqueda había terminado. Fueron entonces una gran sorpresa al descubrir que Eduardo E todavía respiraba y fueron sobre todo un dolor sin cumbre cuando vieron al loco amado, al irresponsable de siempre con el cuerpo congelado, las manos duras como rocas, imposibles de abrir, apretando un papel, un pequeño papel arrugado con una sola palabra escrita. Un nombre.

Silvia S.

ELLA

Nadie puede decirme nada ahora. Ya conozco mi destino y entonces nadie tiene ya ningún derecho sobre mí. La Piedra se volvió de pronto un estúpido monolito inservible, una hoguera inútil que me prestó la Tierra por un rato para sacármela de golpe y demostrarme la grandeza de la muerte. Pero la idiota fui yo, que me creí ese cuento del futuro, esa esperanza de Santuario y días compartidos. ¿Y ahora qué soy, en qué me convertí? En nada, en esta rabia, en este odio contra el frío, en este vacío de sus manos, de su voz. Yo estaba aprendiendo. De a poco pero estaba aprendiendo. Nunca me enseñaron a vivir y, claro, nunca supe pero desde la Piedra, desde el proyecto y sobre todo desde él había empezado a sentir que uno de los secretos pasaba por darles algún sentido a los días, a las horas. Si hasta los minutos tenían valor. Es decir, el tiempo había dejado de ser solamente algo que se está extinguiendo. De golpe se volvió una cosa que yo podía usar. Pero también el tiempo me traicionó, también los minutos fueron mis enemigos. Y volví a lo de antes, a mi camino de siempre. Los segundos son otra vez insectos que se

alejan y yo un largo silencio que espera. ¡Ay amor!
¿Por qué tu palabra tuvo que ser mi nombre?
¿Qué hago yo ahora con siete letras que cada vez
que alguien las repita me van a hablar de lo último
que dijiste y de un papel arrugado?

No recuerdo mucho. Sé que de pronto sentí una mano y que era buena y me hacía bien. Pero después no sé qué más pasó. Creo que me quedé dormido porque empecé a soñar. Y ya no hizo más frío. Supe que me cubrieron y que me salvaron y entiendo que estoy vivo pero no soy el mismo. Ninguno de nosotros podrá ser el mismo. Mi papel decía Libertad porque mi mensaje quería ser para todos. El de él decía un nombre y sin quererlo escribió algo que era mucho más para todos.

—**E**stos son los yalawohe, Eduardo E —presentó Marcelo M a sus nuevos aliados—. El es 17 y ella 82.

Eduardo E, apoyado sobre Susana S, los saludó con un movimiento de cabeza. Todavía no podía caminar y tenía que pasar largas horas acostado. De la ciudad solo habían llegado noticias inquietantes, que sirvieron para disimular en algo el asco y el terror que sintieron todos cuando Eduardo E les contó sobre el Plan y les mostró la grabación del señor Abelardo A. La alarma final era esperada de un momento a otro. Había que actuar rápido. El Santuario necesitaba los últimos toques y había que elegir a los cuatro que acompañarían a 82 y 17.

—Pero antes tenemos que volver —dijo Eduardo E—. Hay algunos asuntos que quiero arreglar.

Los que lo veían sabían que hablaba del señor Abelardo A y estaban de acuerdo. Había que volver. La historia del mundo, la de ellos mismos, se acercaba a su último capítulo y la ciudad los esperaba.